

y en ello gana la doncella. No pudisteis arrancar vuestra parte a la muerte. El cielo guarda para siempre la suya. ¿No queríais verla honrada y ensalzada? ¿Pues a qué vuestro llanto, cuando Dios la ensalza y encumbra más allá del firmamento? No amáis a vuestra hija tanto como la ama Dios. La mejor esposa no es la que más vive en el mundo, sino la que muere joven y recién casada. Detened vuestras lágrimas. Cubrir su cadáver de romero, y llevadla a la iglesia según costumbre, ataviada con sus mejores galas. La naturaleza nos obliga al dolor, pero la razón se ríe.

CAPULETO.—Los preparativos de una fiesta se convierten en los de un entierro: nuestras alegres músicas en solemne doblar de campanas: el festín en comida funeral: los himnos en trenos: las flores en adornos de ataúd... todo en su contrario.

FRAY LORENZO.—Retiraos, señor, y vos, señora, y vos, conde Paris. Prepárense todos a enterrar este cadáver. Sin duda el cielo está enojado con vosotros. Ved si con paciencia y mansedumbre lográis desarmar su cólera. (*Vanse.*)

MÚSICO 1º.—Recojamos los instrumentos, y vámonos.

AMA.—Recogedlos sí, buena gente. Ya veis que el caso no es para música.

MÚSICO 1º.—Más alegre podía ser. (*Entra Pedro.*)

PEDRO.—¡Oh, músicos, músicos! “La paz del corazón.” “La paz del corazón.” Tocad por vida mía “la paz del corazón.”

MÚSICO 1º.—¿Y por qué “la paz del corazón”?

PEDRO.—¡Oh, músicos! porque mi corazón está tañendo siempre “mi dolorido corazón”. Cantad una canción alegre, para que yo me distraiga.

MÚSICO 1º.—No es ésta ocasión de canciones.

PEDRO.—¿Y por qué no?

MÚSICO 1º.—Claro que no.

PEDRO.—Pues entonces yo os voy a dar de veras.

MÚSICO 1º.—¿Que nos darás?

PEDRO.—No dinero ciertamente, pues soy un pobre lacayo, pero os daré que sentir.

MÚSICO 1º.—¡Vaya con el lacayo!

PEDRO.—Pues el cuchillo del lacayo os marcará cuatro puntos en la cara. ¿Venirme a mí con corchetes y bemoles? Yo os enseñaré la solfa.

MÚSICO 1º.—Y vos la notaréis, si queréis enseñarnosla.

MÚSICO 2º.—Envainad la daga, y sacad a plaza vuestro ingenio.

PEDRO.—Con mi ingenio más agudo que un puñal os traspasaré, y por ahora envaino la daga. Respondedme finalmente: “La música argentina”, ¿y qué quiere decir “la música argentina”? ¿Por qué ha de ser argentina la música? ¿Qué dices a esto, Simón Bordon?

MÚSICO 1º.—¡Toma! Porque el sonido de la plata es dulce.

PEDRO.—Está bien, ¿y vos, Hugo Rabel, qué decís a esto?

MÚSICO 2º.—Yo digo “música argentina”, porque el son de la plata hace tañer a los músicos.

PEDRO.—Tampoco está mal. ¿Y qué dices tú, Jaime Clavija?

MÚSICO 3º.—Ciertamente que no sé qué decir.

PEDRO.—Os pido que me perdonéis la pregunta. Verdad es que sois el cantor. Se dice “música argentina” porque a músicos de vuestra calaña nadie los paga con oro, cuando tocan.

MÚSICO 1º.—Este hombre es un pícaro.

MÚSICO 2º.—Así sea su fin. Vamos allá a aguardar la comitiva fúnebre, y luego a comer.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Calle de Mantua

(ROMEO y BALTASAR)

ROMEO.—Si hemos de confiar en un dulce y agradable sueño, alguna gran felicidad me espera. Desde la aurora pensamientos de dicha agitan mi corazón, rey de mi pecho, y como que me dan alas para huir de la tierra. Soñé con mi esposa y que me encontraba muerto. ¡Raro fenómeno: que piense un cadáver! Pero con sus besos me hubiera trocado por un emperador. ¡Oh, cuan dulces serán las realidades del amor, cuando tanto lo son las sombras! (*Entra Baltasar.*) ¿Traes alguna nueva de Verona? ¿Te ha dado Fray Lorenzo alguna carta para mí? ¿Cómo está mi padre? ¿Y Julieta? Nada malo puede sucederme si ella está buena.

BALTASAR.—Pues ya nada malo puede sucederte, porque su cuerpo reposa en el sepulcro, y su alma está con los ángeles. Y perdónadme que tan pronto haya venido a traeros tan mala noticia, pero vos mismo, señor, me encargasteis que os avisara de todo.

ROMEO.—¿Será verdad? ¡Cielo cruel, yo desafío tu poder! Dadme papel y plumas. Busca esta tarde caballos, y vámonos a Verona esta noche.

BALTASAR.—Señor, dejadme acompañaros, porque vuestra horrible palidez me anuncia algún mal suceso.

ROMEO.—Nada de eso. Déjame en paz y obedece. ¿No traes para mí carta de Fray Lorenzo?

BALTASAR.—Ninguna.

ROMEO.—Lo mismo da. Busca en seguida caballos, y en marcha. (*Se va Baltasar.*) Sí, Julieta, esta noche descansaremos juntos. ¿Pero cómo? ¡Ah, infierno, cuan presto vienes en ayuda de un ánimo desesperado! Ahora me acuerdo que cerca de aquí vive un boticario de torvo ceño y mala catadura, gran herbolario de yerbas medicinales. El hambre le ha convertido en esqueleto. Del techo de su lóbrega covacha tiene colgados una tortuga, un cocodrilo, y varias pieles de fornidos peces; y en cajas amontonadas, frascos vacíos y verdosos, viejas semillas, cuerdas de bramante, todo muy separado para aparentar más. Yo, al ver tal miseria, he pensado que aunque está prohibido, so pena de muerte, el despachar veneno, quizá este infeliz, si se lo pagaran, lo vendería. Bien lo pensé, y ahora voy a ejecutarlo. Cerrada tiene la botica. ¡Hola, eh! (*Sale el Boticario.*)

BOTICARIO.—¿Quién grita?

ROMEO.—Oye. Tu pobreza es manifiesta. Cuarenta ducados te daré por una dosis de veneno tan activo que, apenas circule por las venas, extinga el aliento vital tan rápidamente como una bala de cañón.

BOTICARIO.—Tengo esos venenos, pero las leyes de Mantua condenan a muerte al que los venda.

ROMEO.—Y en tu pobreza extrema ¿qué te importa la muerte? Bien clara se ve el hambre en tu rostro, y la tristeza y la desesperación. ¿Tiene el mundo alguna ley, para hacerte rico? Si quieres salir de pobreza, rompe la ley y recibe mi dinero.

BOTICARIO.—Mi pobreza lo recibe, no mi voluntad.

ROMEO.—Yo no pago tu voluntad, sino tu pobreza.

ESCENA II

Celda de fray Lorenzo

(FRAY JUAN y FRAY LORENZO)

FRAY JUAN.—¡Hermano mío, santo varón!

FRAY LORENZO.—Sin duda es Fray Juan el que me llama. Bien venido seais de Mantua; ¿qué dice Romeo? Dadme su carta, si es que traéis alguna.

FRAY JUAN.—Busqué a un fraile descalzo de nuestra orden, para que me acompañara. Al fin le encontré, curando enfermos. La ronda, al vernos salir de una casa, temió que en ella hubiese peste. Sellaron las puertas, y no nos dejaron salir. Por eso se desbarató el viaje a Mantua.

FRAY LORENZO.—¿Y quién llevó la carta a Romeo?

FRAY JUAN.—Nadie: aquí está. No pude encontrar siquiera quien os la devolviese. Tal miedo tenían todos a la peste.

BOTICARIO.—Este es el ingrediente: desleíldo en agua o en un licor cualquiera, bebedlo, y caeréis muerto en seguida, aunque tengáis la fuerza de veinte hombres.

ROMEO.—Recibe tú el dinero. Él es la verdadera ponzoña, engendrador de más asesinatos que todos los venenos que no debes vender. La venta la he hecho yo, no tú. Adiós: compra pan, y cúbrete. No un veneno, sino una bebida consoladora llevo conmigo al sepulcro de Julieta.

FRAY LORENZO.—¡Qué desgracia! ¡Por vida de mi padre San Francisco! •Y no era carta inútil, sino con nuevas de grande importancia. Puede ser muy funesto el retardo. Fray Juan, búscame en seguida un azadón y llévale a mi celda.

FRAY JUAN.—En seguida, hermano. (Vase.)

FRAY LORENZO.—Sólo tengo que ir al cementerio, porque dentro de tres horas ha de despertar la hermosa Julieta de su desmayo. Mucho se enojará conmigo porque no di oportunamente aviso a Romeo. Volveré a escribir a Mantua, y entre tanto la tendré en mi celda esperando a Romeo. ¡Pobre cadáver vivo encerrado en la cárcel de un muerto!

ESCENA III

Cementerio, con el panteón de los Capuletos

(PARIS y un PAJE con flores y antorchas)

PARIS.—Dame una tea. Apártate: no quiero ser visto. Ponte al pie de aquel arbusto, y estate con el oído fijo en la tierra, para que nadie huelle el movedizo suelo del cementerio, sin notarlo yo. Apenas sientas a alguno, da un silbido. Dame las flores, y obedece.

PAJE.—Así lo haré; (*aparte*) aunque mucho temor me da el quedarme solo en este cementerio.

PARIS.—Vengo a cubrir de flores el lecho nupcial de la flor más hermosa que salió de las manos de Dios. Hermosa Julieta, que moras entre los coros de los ángeles, recibe este mi postrer recuerdo. Viva, te amé: muerta, vengo a adornar con tristes ofrendas tu sepulcro. (*El paje silba.*) Siento la señal del paje: alguien se acerca. ¿Qué pie infernal es el que se llega de noche a interrumpir mis piadosos ritos? ¡Y trae una tea encendida! ¡Noche, cúbreme con tu manto! (*Entran Romeo y Baltasar.*)

ROMEO.—Dame ese azadón y esa palanca. Toma esta carta. Apenas amanezca, procurarás que la reciba Fray Lorenzo. Dame la luz, y si en algo estimas la vida, nada te importe lo que veas u oigas, ni quieras estorbarme en nada. La principal razón que aquí me trae no es ver por última vez el rostro de mi amada, sino apoderarme del anillo nupcial que aún tiene en su dedo, y llevarle siempre como prenda de amor. Aléjate, pues. Y si la curiosidad te mueve a seguir mis pasos, júrote que he de hacerte trizas, y esparcir tus miembros desgarrados por todos los rincones de este cementerio. Más negras y feroces son mis inten-

elones, que tigres hambrientos o mares alborotadas.

BALTASAR.—En nada pienso estorbaros, señor.

ROMEO.—Es la mejor prueba de amistad que puedes darme. Toma, y sé feliz, amigo mío.

BALTASAR.—(*Aparte.*) Pues, a pesar de todo, voy a observar lo que hace; porque su rostro y sus palabras me espantan.

ROMEO.—¡Abominable seno de la muerte, que has devorado la mejor prenda de la tierra, aún has de tener mayor alimento! (*Abre las puertas del sepulcro.*)

PARIS.—Este es Montesco, el atrevido desterrado, el asesino de Teobaldo, del primo de mi dama, que por eso murió de pena, según dicen. Sin duda ha venido aquí a profanar los cadáveres. Voy a atajarle en su diabólico intento. Cesa, infame Montesco; ¿no basta la muerte a detener tu venganza y tus furores? ¿Por qué no te rindes, malvado proscrito? Sígueme, que has de morir.

ROMEO.—Sí: a morir vengo. Noble joven, no tientes a quien viene ciego y desalentado. Huye de mí: déjame; acuérdate de los que fueron y no son. Acuérdate y tiembla, no me provoques más, joven insensato. Por Dios te lo suplico. No quieras añadir un nuevo pecado a los que abruman mi cabeza. Te quiero más que lo que tú puedes quererte. He venido a luchar conmigo mismo. Huye, si quieres salvar la vida, y agradece el consejo de un loco.

PARIS.—¡Vil desterrado, en vano son esas súplicas!

ROMEO.—¿Te empeñas en provocarme? Pues muere... (*Pelean.*)

PAJE.—¡Ay, Dios! pelean: voy a pedir socorro. (*Vase. Cae herido Paris.*)

PARIS.—¡Ay de mí, muerto soy! Si tienes lástima de mí, ponme en el sepulcro de Julieta.

ROMEO.—Sí que lo haré. Veámosle el rostro. ¡El pariente de Mercurio, el conde Paris! Al tiempo de montar a caballo, ¿no oí, como entre sombras, decir a mi escudero, que iban a casarse Paris y Julieta? ¿Fue realidad o sueño? ¿O es que estaba yo loco y creí que me hablaban de Julieta? Tu nombre está escrito con el mío en el sangriento libro del destino. Triunfal sepulcro te espera: ¿Qué digo sepulcro? Morada de luz, pobre joven. Allí duerme Julieta, y ella basta para dar luz y hermosura al mausoleo. Yace tú a su lado: un muerto es quien te entierra. Cuando el moribundo se acerca al trance final, suele reanimarse, y a esto lo llaman el último destello. Esposa mía, amor mío, la muerte que ajó el néctar de tus labios, no ha podido vencer del todo tu hermosura. Todavía irradia en tus ojos y en tu semblante, donde aún no ha podido desplegar la muerte su odiosa bandera. Ahora quiero calmar la sombra de Teobaldo, que yace en ese sepulcro. La misma mano que cortó tu vida, va a cortar la de tu enemigo. Julieta, ¿por qué estás aún tan hermosa? ¿Será que el descarnado monstruo te ofrece sus amores y te quiere para su dama? Para impedirlo, dormiré contigo en esta sombría gruta de la noche, en compañía de esos gusanos, que son hoy tus únicas doncellas. Este será mi eterno reposo. Aquí descansará mi cuerpo, libre de la fatídica ley de los astros. Recibe tú la última mirada de mis ojos, el último abrazo de mis brazos, el último beso de mis labios, puertas de la vida, que vienen a sellar mi eterno contrato con la muerte.

Ven, áspero y vencedor piloto: mi nave, harta de combatir con las olas, quiere quebrantarse en los peñascos. Brindemos por mi dama. ¡Oh, cuán portentosos son los efectos de tu bálsamo, alquimista veraz! Así, con este beso... muero. (*Cae. Llega Fray Lorenzo.*)

FRAY LORENZO.—¡Por San Francisco y mi santo hábito! ¡Esta noche mi viejo pie viene tropezando en todos los sepulcros! ¿Quién a tales horas interrumpe el silencio de los muertos?

BALTASAR.—Un amigo vuestro, y de todas veras.

FRAY LORENZO.—Con bien seas. ¿Y para qué sirve aquella luz, ocupada en alumbrar a gusanos y calaveras? Me parece que está encendida en el monumento de los Capuletos.

BALTASAR.—Verdad es, padre mío, y allí se encuentra mi amo, a quien tanto queréis.

FRAY LORENZO.—¿De quién hablas?

BALTASAR.—De Romeo.

FRAY LORENZO.—¿Y cuánto tiempo hace que ha venido?

BALTASAR.—Una media hora.

FRAY LORENZO.—Sígueme.

BALTASAR.—¿Y cómo, padre, si mi amo cree que no estoy aquí, y me ha amenazado con la muerte, si yo le seguía?

FRAY LORENZO.—Pues quédate, e iré yo solo. ¡Dios mío! Alguna catástrofe temo.

BALTASAR.—Dormido al pie de aquel arbusto, soñé que mi señor mataba a otro en desafío.

FRAY LORENZO.—¡Romeo! Pero ¡Dios mío! ¿qué sangre es ésta en las gradas del monumento? ¿Qué espadas éstas sin dueño, y tintas todavía de sangre? (*Entra en el sepulcro.*) ¡Romeo! ¡Pálido está como la muerte! ¡Y Paris cubierto de sangre!... La doncella se mueve. (*Despierta Julieta.*)

JULIETA.—Padre, ¿dónde está mi esposo? Ya recuerdo dónde debía

yo estar y allí estoy. Pero ¿dónde está Romeo, padre mío?

FRAY LORENZO.—Oigo ruido. Deja tú pronto ese foco de infección, ese lecho de fingida muerte. La suprema voluntad de Dios ha venido a desbaratar mis planes. Sígueme. Tu esposo yace muerto a tu lado, y Paris muerto también. Sígueme a un devoto convento y nada más me digas, porque la gente se acerca. Sígueme, Julieta, que no podemos detenernos aquí. (*Vase.*)

JULIETA.—Yo aquí me quedaré. ¡Esposo mío! Mas ¿qué veo? Una copa tiene en las manos. Con veneno ha apresurado su muerte. ¡Cruel! no me dejé ni una gota que beber. Pero besaré tus labios que quizá contienen algún resabio del veneno. El me matará y me salvará. (*Le besa.*) Aún siento el calor de sus labios.

ALGUACIL 1º.—(*Dentro.*) ¿Dónde está? Guiadme.

JULIETA.—Siento pasos. Necesario es abreviar. (*Coge el puñal de Romeo.*) ¡Dulce hierro, descansa en mi corazón, mientras yo muero! (*Se hiere y cae sobre el cuerpo de Romeo. Entran la ronda y el paje de Paris.*)

PAJE.—Aquí es donde brillaba la luz.

ALGUACIL 1º.—Recorred el cementerio. Huellas de sangre hay. Prended a todos los que encontréis. ¡Horrenda vista! Muerto Paris, y Julieta, a quien hace dos días enterramos por muerta, se está desangrando, caliente todavía. Llamad al Príncipe, y a los Capuletos y a los Montescos. Sólo vemos cadáveres, pero no podemos atinar con la causa de su muerte. (*Traen algunos a Baltasar.*)

ALGUACIL 2º.—Este es el escudero de Romeo, y aquí le hemos encontrado.

ALGUACIL 1º.—Esperemos la llegada del Príncipe. (*Entran otros con Fray Lorenzo.*)

ALGUACIL 3º.—Tembloso y suspirando hemos hallado a este fraile cargado con una palanca y un azadón; salía del cementerio.

ALGUACIL 1º.—Sospechoso es todo eso: detengámosle. (*Llegan el Príncipe y sus guardas.*)

PRÍNCIPE.—¿Qué ha ocurrido para despertarme tan de madrugada? (*Entran Capuleto, su mujer, etc.*)

CAPULETO.—¿Qué gritos son los que suenan por esas calles?

SEÑORA CAPULETO.—Unos dicen "Julieta", otros "Romeo", otros "Paris", y todos corriendo y dando gritos, se agolpan al cementerio.

PRÍNCIPE.—¿Qué historia horrenda y peregrina es ésta?

ALGUACIL 1º.—Príncipe, ved. Aquí están el conde Paris y Romeo, violentamente muertos, y Julieta, caliente todavía y desangrándose.

PRÍNCIPE.—¿Averiguasteis la causa de estos delitos?

ALGUACIL 1º.—Sólo hemos hallado a un fraile y al paje de Romeo, cargados con picos y azadones propios para levantar la losa de un sepulcro.

CAPULETO.—¡Dios mío! Esposa mía, ¿no ves correr la sangre de nuestra hija? Ese puñal ha errado el camino: debía haberse clavado en el pecho del Montesco y no en el de nuestra inocente hija.

SEÑORA CAPULETO.—¡Dios mío! Siento el toque de las campanas que gufan mi vejez al sepulcro. (*Llegan Montesco y otros.*)

PRÍNCIPE.—Mucho has amanecido, Montesco, pero mucho antes cayó tu primogénito.

MONTESCO.—¡Poder de lo alto! Ayer falleció mi mujer de pena por el destierro de mi hijo. ¿Hay reservada alguna pena más para mi triste vejez?

PRÍNCIPE.—Tú mismo puedes verla.

MONTESCO.—¿Por qué tanta descortesía, hijo mío? ¿Por qué te atreviste a ir al sepulcro antes que tu padre?

PRÍNCIPE.—Contened por un momento vuestro llanto, mientras busco la fuente de estas desdichas. Luego procuraré consolaros o acompañaros hasta la muerte. Callad entré tanto: la paciencia contenga un momento al dolor. Traed acá a esos presos.

FRAY LORENZO.—Yo, el más humilde y a la vez el más respetable por mi estado sacerdotal, pero el más sospechoso por la hora y el lugar, voy a acusarme y a defenderme al mismo tiempo.

PRÍNCIPE.—Decidnos lo que sepáis.

FRAY LORENZO.—Lo diré brevemente, porque la corta vida que me queda, no consiente largas relaciones. Romeo se había desposado con Julieta. Yo los casé, y el mismo día murió Teobaldo. Esta muerte fue causa del destierro del desposado y del dolor de Julieta. Vos creísteis mitigarle, casándola con Paris. En seguida vino a mi celda, y loca y ciega me rogó que buscara una manera de impedir esta segunda boda, porque si no, iba a matarse en mi presencia. Yo le di un narcótico preparado por mí, cuyos efectos simulaban la muerte, y avisé a Romeo por una carta, que viniese esta noche (en que ella despertaría) a ayudarme a desenterrarla. Fray Juan, a quien entregué la carta, no pudo salir de Verona, por súbito accidente. Entonces me vine yo solo a la hora prevista, para sacarla del mausoleo, y llevarla a mi convento, donde esperase a su marido. Pero cuando llegué, pocos momentos antes de que ella despertara, hallé muertos a Paris y a Romeo. Despertó ella, y le rogué por Dios que me siguiese y respetara la voluntad suprema. Ella, desesperada, no me siguió, y a lo que parece, se ha dado la muerte. Hasta aquí sé. Del casamiento puede dar testimonio su ama. Y si yo delinquí en algo, dispuesto estoy a sa-

crificar mi vida al fallo de la ley, que sólo en pocas horas podrá adelantar mi muerte.

PRÍNCIPE.—Siempre os hemos tenido por varón santo y de virtudes. Oigamos ahora al criado de Romeo.

BALTASAR.—Yo di a mi amo noticia de la muerte de Julieta. A toda prisa salimos de Mantua, y llegamos a este cementerio. Me dio una carta para su padre, y se entró en el sepulcro desatentado y fuera de sí, amenazándome con la muerte, si en algo yo le resistía.

PRÍNCIPE.—Quiero la carta: ¿y dónde está el paje que llamó a la ronda?

PAJE.—Mi amo vino a derramar flores sobre el sepulcro de Julieta. Yo me quedé cerca de allí, según sus órdenes. Llegó un caballero y quiso entrar en el panteón. Mi amo se lo estorbó, riñeron, y yo fui corriendo a pedir auxilio.

PRÍNCIPE.—Esta carta confirma las palabras de este bendito fraile. En ella habla Romeo de su amor y de su muerte: dice que compró veneno a un boticario de Mantua, y que quiso morir, y descansar con su Julieta. ¡Capuletos, Montescos, ésta es la maldición divina que cae sobre vuestros rencores! No tolera el cielo dicha en vosotros, y yo pierdo por causa vuestra dos parientes. A todos alcanza hoy el castigo de Dios.

CAPULETO.—Montesco, dame tu mano, el dote de mi hija: más que esto no puede pedir tu hermano.

MONTESCO.—Y aún te daré más. Prometo hacer una estatua de oro de la hermosa Julieta, y tal que asombre a la ciudad.

CAPULETO.—Y a su lado haré yo otra igual para Romeo.

PRÍNCIPE.—¡Tardía amistad y reconciliación, que alumbra un sol bien triste! Seguidme: aún hay que hacer más: premiar a unos y castigar a otros. Triste historia es la de Julieta y Romeo

FIN

Romanticismo.—

El Romanticismo es un movimiento literario cultural que se revela contra las normas estrictas de los neoclásicos,

La poesía romántica fue arrebatada, pasional, subjetiva, combativa, polemista. Los escritores románticos tuvieron como punto de partida el yo interno, expresando sus sentimientos y emociones dando rienda suelta a su pensamiento olvidándose de la métrica y la rima, siendo su único objetivo el concepto que trataban de transmitir.

El romanticismo tiene sus principios en Alemania e Inglaterra y desde ahí fue difundido por toda Europa; se puede considerar que se inicia a fines del siglo XVIII y que llegó a su esplendor durante la primera mitad del siglo XIX.

Las características literarias del romanticismo son:

1. En cuanto al fondo:

a) Predominio del yo romántico, el idealismo y la melancolía, en oposición al clasicismo, que debe mantenerse fiel a las normas subjetivas, el romanticismo es profundamente subjetivo, la fantasía romántica idealiza la realidad.

b) El espiritualismo acentuado cuando contribuye a marcar el despego de las cosas materiales.

c) El culto al sentimiento. El amor arrebatado o nostálgico es el objeto capital de los poetas.

d) La valoración del paisaje. El romanticismo se identifica con el paisaje grandioso y melancólico, lo nocturno, los lugares sombríos y misteriosos, el mar infinito, etc...

e) La adoración por lo medieval y exótico, buscando -

los escenarios adecuados a su fantasía, fuera de la realidad que los rodea.

f) El sentimiento nacional, contrario al neoclasicismo, de gusto generalmente europeo, despierta interés por lo popular, lo folklórico, lo típico y pintoresco de cada país y la exaltación por los movimientos de liberación nacional.

2. En cuanto a la forma.

a) La Libertad. El neoclasicismo con su rigor preceptista ocasionó un arte sin personalidad. El romanticismo proclamó en primer lugar la libertad del artista para crear su obra como la siente, afirmando que el arte no es instrumento de educación sino vehículo de los sentimientos de su creador.

b) La Expresión. Para el romanticismo las obras no son bellas o feas según se ajusten o no a los modelos clásicos. El gusto por los contrastes, el uso mezclado de verso y prosa; en teatro la expresión de las tres unidades, la mezcla de lo cómico y lo trágico, polimetría un poco anárquica; las exclamaciones violentas o patéticas, las evocaciones pintorescas o brillantes, la sátira despiadada y el elogio vehemente se utilizan para llevar al lector la emoción que experimenta el artista, para impresionarlo más que para convencerlo, pero sobre todas estas manifestaciones se hacen en una forma totalmente expresiva.

c) El Lenguaje. El romanticismo emplea un vocabulario enérgico y pintoresco, crea frases típicas inconfundibles (siempre de sustantivo y adjetivo, colocando el adjetivo antes del sustantivo, para darle mayor fuerza a su expresión) como: gubres vientos, súbito temor, vana ilusión, etc...

Algunos escritores románticos fueron: En Alemania, Goethe, Novalis, Heine; en Inglaterra Lord Byron, G. Gordon; Sir Walter Scott, S.T. Coleridge; en Francia A. de la Martine, Victor Hugo, Chateaubriand, Madame de Staël, A. de Musset; en España Duque de Rivas, José de Espronceda, José de Larra, José Zorrilla, Gustavo Adolfo Becker; en Estados Unidos, Washington Irving, Fenimore Cooper y Edgar Allan Poe.

Este movimiento filosófico-social-artístico llegó a México a través de España y Francia, para la primera mitad del siglo XIX la creación literaria en México tiene una característica romántica y sus cultivadores son numerosos, podemos considerar que el romanticismo se inicia en México alrededor del año de 1830.

El movimiento romántico mexicano se puede dividir en tres etapas: El de la Independencia, La Academia de Letrán y el Libre Hidalgo.

De la etapa de la Independencia se considera a Francisco Sánchez de Tagle, Andrés Quintana Roo y Francisco Ortega.

Los poemas de estos escritores fueron principalmente escritos para exaltar el movimiento de independencia.

De la etapa de la Academia de Letrán se considera a Guillermo Prieto, a Andrés Quintana Roo, Ignacio Rodríguez Galván, Manuel Payno, etc... Estos escritores tenían el propósito de

ejercitar el estímulo recíproco, la crítica objetiva y de promover la creación literaria; lograr la corrección en el estilo para dar a las letras un carácter propio; reunir a escritores de todas las clases sociales para hacer crítica; tener actitudes plenamente románticas y ampliar su panorama traduciendo a Goethe, Victor Hugo, Byron y otros.

En la etapa del Liceo Hidalgo se encuentran escritores como Francisco Zarco, Florencio M. del Castillo, Vicente Riva Palacio, Guillermo Prieto, Manuel M. Flores, Manuel Acuña y otros.

El Liceo Hidalgo se formó con escritores que habían pertenecido a la Academia de Letras y los nuevos escritores en su totalidad, pertenecieron al Liceo hasta el año de 1882, cuando se clausuró; su propósito era lograr el nacionalismo de la literatura mexicana, se discutía, revisaba y criticaba; se rendían homenajes, se promovían y difundían concursos y se publicaban obras.

Edgar Allan Poe.

Edgar Allan Poe (1809-1849). Este famoso escritor norteamericano es uno de los máximos exponentes de la literatura romántica, nació en Boston y murió en Nueva York. Huérfano desde casi niño, lo recogió un comerciante rico de Virginia (John Allan). Hizo sus primeros estudios en Inglaterra y volvió para continuarlos en Virginia. Se distinguió por su inteligencia, su carácter alocado, los deportes y su afición al juego y a la bebida. Fue militar un tiempo y después se dedicó a la vida civil. En 1823 ganó su primer premio (100 dólares) por un cuento que obtuvo el primer lugar y que fue publicado en una revista. En 1836 se casó con su prima Virginia Clemm que era menor de edad; vivió con su prima, ahora esposa, y su tía y llevó una vida opulenta.

En 1845 publicó su inmortal poema "El Cuervo". Su fama creció y su vida fue fácil. Su esposa murió muy joven;

lo encontraron inconsciente en un vagón de ferrocarril; después fue hallado embriagado en una taberna y murió luego en un hospital después del delirium tremens.

Poe escribe también algunos cuentos de terror, los cuales han sido considerados como precedente de la novela policiaca. Entre sus mejores cuentos están: La Caída de la Casa de Usher, El Esqueleto de Oro, El Corazón Revelador, Doble Crimen de la Calle de la Morgue, etc.

Con el objeto de que tú observes y analices algunas características del romanticismo, se incluye para tu lectura "La Caída de la Casa Usher" que es considerada una de las mejores obras del autor y para algunos es también algunos datos autobiográficos del mismo.